

# Retos de la escuela cristiana ante la exclusión social

---

*JAVIER SÁNCHEZ PORTELA\**

## INTRODUCCIÓN

Siempre que me piden que opine sobre algún tema de educación, me resulta difícil. En primer lugar porque yo no trabajo como educador y por tanto no tengo la experiencia de la realidad cotidiana de la escuela. En segundo lugar, porque siempre he vivido rodeado de profesores. Mis padres lo fueron toda su vida, mi esposa lo es, y mi hermana también. Escucharles, compartir con ellos las vivencias de su trabajo, me ha convencido de que opinar sobre lo que se debería o habría que hacer, es muy fácil, pero decir algo que sea verdaderamente sustancial y aplicable en la práctica, es harina de otro costal.

Por ello, asumo el riesgo de verter a continuación otra opinión más –como el que da su alineación favorita para la selección española de fútbol, que dicen que cada quién tenemos la nuestra– con la esperanza de que sea respetuosa con la hermosa labor de educar y con los educadores y que alguno de los lectores pueda encontrar algo que le sea útil en su quehacer con los alumnos.

Entrando ya en el tema, sí quisiera decir, para enmarcar lo que sigue, que los retos que yo creo que tiene la escuela cristiana ante la exclusión social hoy, no son nuevos, diría si acaso, que se han hecho más urgentes, con el devenir de la realidad del mundo en los últimos treinta años. También me

---

\* Coordinador del Área de Proyectos en la Organización no Gubernamental «Promoción y Desarrollo» (PROYDE), Madrid.

parece que la escuela cristiana los ha afrontado anteriormente y los está afrontando ahora. Mi aportación, es proponer que estos retos se afronten de forma integrada. Es decir, trabajar cada uno, teniendo en cuenta los otros.

Así, el educando comprenderá el verdadero alcance de cada uno, y no podrá hacer compartimentos estanco en su razonar y obrar. Se verá en la tesitura de optar, de comprometerse y encontrará que la escuela cristiana le ofrece una alternativa, un modelo de estilo de vida, ante esa elección personal.

## **PRIMER RETO: EDUCAR DESDE LA REALIDAD DE QUE EXISTE LA EXCLUSIÓN Y LOS EXCLUIDOS**

Se trata en realidad de algo muy simple. Encuadrar el proceso educativo en el terreno de los Derechos Humanos universales. En concreto, cada educando debe ser consciente desde el comienzo de su educación y durante todo el tiempo que esta se prolongue, de que él está disfrutando de un derecho que es un derecho de todos y cada uno de los seres humanos.

Según el artículo 26 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, *toda persona tiene derecho a recibir una educación obligatoria, gratuita y de calidad, al menos en lo concerniente a la instrucción elemental y fundamental.*

Sin entrar en cifras, que son esencialmente deshumanizadoras y, por su magnitud, disuasoras de cualquier compromiso personal, la escuela cristiana debe ofrecer la educación desde la realidad de que para muchos se trata de un derecho conculcado.

Desde esa perspectiva, el beneficiario del derecho, el educando, por disfrutar de algo que debería ser para todos y muchos no tienen, se sitúa ante su proceso educativo como un privilegiado. Si quiere dejar de serlo, si quiere

contribuir a hacer posible que el derecho universal a la educación sea una realidad, se situará necesariamente en el terreno del deber.

La escuela cristiana, en mi opinión, ha de imbuir a sus alumnos, la autoexigencia de aprovechar al máximo su educación, como condición necesaria para contribuir personalmente a hacer posible que la educación sea un derecho de todos.

Si se toma esta afirmación como punto de partida, la escuela estará poniendo en cada uno de sus beneficiarios el primer pilar básico para formar personas integradoras. Luchadores activos contra la exclusión social.

Como adelanté en la introducción, este reto no es de hoy, y la escuela cristiana ya está comprometida en afrontarlo. Como un ejemplo práctico que conozco, me gustaría mencionar aquí, la *Campaña «Derechos del Niño»* que para el curso 2002/2003 ha puesto en marcha la escuela La Salle en el Distrito Valencia-Palma.

## **SEGUNDO RETO: EDUCAR EN LA RESPONSABILIDAD**

Es el segundo paso. Parte de una sencilla constatación que ya fue enunciada en los años setenta, cuando el «boom» del concepto de desarrollo y la Conferencia de Estocolmo, por algunas relevantes personalidades de los llamados entonces, países en desarrollo. *«El modelo de desarrollo del Primer Mundo, es inviable. Si todos los habitantes del planeta consumieran agua, energía y otros recursos naturales, en la cantidad que lo hacen los ciudadanos de los países ricos, harían falta al menos cinco planetas Tierra».*

Es decir, nosotros, el 20% rico de la humanidad, hemos construido una sociedad del bienestar basada en el consumo, que si fuese alcanzada por el 80% de seres humanos empobrecidos, acabaría con el planeta.

De aquí se deducen en la práctica dos cosas: nuestro modelo de desarrollo occidental no sirve para todos y en segundo lugar, el modelo debe establecer sistemas de protección que lo hagan inalcanzable para el resto de la humanidad, para evitar nuestra destrucción.

Dicho así, parece bastante crudo. Seguro que puede matizarse. Claro, de hecho lo hemos edulcorado acuñando conceptos como *sostenibilidad* y más completo: *desarrollo humano sostenible*. Pero en definitiva, en palabras de Juan Pablo II, uno de los que para mí mejor lo ha dicho: «*los mecanismos internacionales producen ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres*». Es decir, que el sistema socioeconómico mundial, el único que nos ha quedado, es en sí mismo generador de exclusión. De hecho, esto es exactamente lo que ha ocurrido en las últimas décadas, como denunciaba el propio Banco Mundial en su Informe de Desarrollo Humano de 2000.

Por tanto, se trata de transmitir que solamente dejándonos llevar por el sistema socioeconómico imperante, siendo buenos ciudadanos, ya somos generadores de exclusión. Hay que ser beligerante contra el sistema. En realidad, se trata en mi opinión, de educar en la austeridad frente al consumismo y en el respeto a los recursos naturales, frente al derroche inconsciente.

El modo práctico de afrontar este reto y vivir procurando no contribuir a la exclusión, es cuestión de esfuerzo cotidiano. Por eso, aquí no bastan los «ejes transversales» o las actividades y ejercicios escolares, que los hay, y buenos, para generar la inquietud en el educando. Se quedarán en nada, al cabo de poco tiempo, si las personas que proponen y programan esas actividades, no viven la austeridad y hacen un uso respetuoso de los recursos a su alcance.

Por tanto, hacer frente a este reto, supone necesariamente interpelarnos cada uno: educadores, personal no docente, miembros todos de la comunidad

educativa, sobre nuestro estilo de vida y revisarnos diariamente en nuestros comportamientos y decisiones.

### **TERCER RETO: EDUCAR CONTRA LA INDIFERENCIA**

Es el tercer paso. El primero, aprovechar la educación que se nos ofrece. Es el mínimo imprescindible. El segundo paso, es concienciarnos de que tenemos una responsabilidad personal en la exclusión. El tercero es dolernos con los excluidos.

En esencia, la escuela cristiana debe formar personas a las que nada de lo humano les sea ajeno. Que no haya persona, ni situación humana, que no nos interese, que nos deje indiferentes.

La indiferencia no es por supuesto un problema nuevo. Pero hemos de ser conscientes de que la sociedad en la que vivimos nos anima a ser indiferentes. Por los valores que ensalza y aprecia en las personas: el «utilitarismo», el individualismo y la competitividad y por la sobreinformación con que nos bombardea, que tiene efectos adormecedores de nuestra capacidad de congobernarnos.

Por cierto, que en la nueva campaña institucional de Cáritas Española, en la que se nos invita a reflexionar sobre nuestro papel como agentes de exclusión, la responsabilidad personal de la que he hablado en el reto anterior, esta organización identifica la constante presencia de tres actitudes en la raíz de muchos comportamientos excluyentes: el miedo, que nos hace ver al otro como amenaza y las ya mencionadas competitividad e individualismo.

La indiferencia, es para mí una barrera que nos separa de los excluidos, nos «protege» de ellos, porque nos previene de interesarnos por ellos primero y de acercarnos a ellos después. Además atenúa nuestro sentido de la

responsabilidad como agentes excluyentes, puesto que evita que nos importe lo que les pasa a los demás. Es pues doblemente perniciosa.

¿Cómo podemos luchar contra la indiferencia? La mejor forma que conozco es romper el círculo de lo «mío». Salir de uno mismo. Dejar de vivir de la mañana a la noche, cada día, en el yo, me, mí, para mí, e ir dejando huecos, aberturas en el círculo, por los que se cuele la realidad, por los que podamos palparla, percibirla, sentirla.

Hemos de buscar que una parte de nuestro día, a ser posible cada día, no esté dedicada a nosotros mismos, sino que la dediquemos a otros. De nuevo, como en el segundo reto, se trata de desarrollar actitudes cotidianas. Es decir, aquellas que produce un determinado estilo de vida.

Una buena manera de salir de uno mismo, de romper el círculo, es integrarse en alguna actividad de voluntariado. Vivir la gratuidad del servicio a otros. Pero como el voluntariado está de moda en nuestra sociedad no me resistiré a decir que cuando hablo de voluntariado, hablo de compromiso. Porque nuestra sociedad, ha conseguido el «milagro» de que podamos ser solidarios sin esfuerzo, sin que nos cueste nada, y voluntarios sin compromiso.

Quiero decir, que ser voluntario no es hacer lo que me de la gana, sino hacer lo que me he comprometido a hacer porque me dio la gana. Por eso, si yo acepto un compromiso voluntario, en días y horas, lo cumplo, no cuando no me sale algo mejor o cuando puedo ir, sino como mi primera obligación en esos días y horas, aunque algún día me cueste.

Y tampoco ser voluntario significa ser un chapucero. Hacer las cosas a base de buena voluntad. No. El voluntario debe hacer una labor tan profesional como el personal remunerado. Si no sabe algo debe formarse. Lo contrario es un agravio hacia aquellos a los que dedicamos ese tiempo.

Finalmente, termino la exposición de este reto, con una llamada a la escuela cristiana, igual que en los dos retos anteriores. ¿Cómo puede ser la escuela cristiana promotora del voluntariado si sus integrantes carecen de compromiso voluntario?

#### **CUARTO RETO: EDUCAR EN LA ALTERNATIVA**

Es el último paso. La conclusión lógica del crecimiento personal y comunitario que supone para el educando y la escuela cristiana ir asumiendo cada uno de los retos anteriores. Desde el mínimo del aprovechamiento de la educación que se ofrece, siguiendo por la toma de conciencia de nuestra responsabilidad en la exclusión, continuando por la compasión activa, que derriba barreras de exclusión, para acabar ¿en qué? ¿Todo esto a qué conduce? Si solo hay un modelo de sociedad posible. Si nos han convencido de que lo que tenemos es lo menos malo. Si vivimos inmersos en el pensamiento único.

No. No es cierto. Otro mundo es posible. La escuela cristiana puede y debe formar en la construcción de un modelo de sociedad alternativo. De un mundo diferente. Un modelo profundamente humano. El modelo de Jesús de Nazaret.

El que haya llegado hasta aquí leyendo, pensará ahora: ¡Pues vaya! Al final nos sale con unas bonitas palabras que ya hemos oído muchas veces. Y tendrán razón. Son las mismas bonitas palabras que tantos de nosotros hemos oído muchas veces.

La diferencia es que, y lo digo por experiencia personal, sin la asunción en nuestra vida de los tres retos anteriores, efectivamente es difícil percibir que no sean otra cosa que bonitas palabras. Pero cuando uno ha recibido una formación, que le ha ayudado a optar por un estilo de vida

a contracorriente, como el que exigen los tres retos anteriores, comienza a creer en la utopía de Jesús, y ya le parece verdad que otro mundo sea posible.

¡Ah! Y además empieza a encontrar muchos compañeros de viaje, gente que también cree, trabaja y decide cada día, según ese modelo alternativo de la civilización del amor.